

## 12. El Tercer Ay

El registro contenido en los tres capítulos precedentes es la historia del mundo desde el punto de vista que mejor podría presentarse a la mente humana mediante el símbolo de la trompeta. El octavo capítulo describe la caída del Imperio Romano Occidental. El profeta, en el noveno capítulo, sigue los acontecimientos que ocurrieron en relación con la caída del Imperio Griego y el establecimiento del poder otomano, retratando claramente los cuatro períodos de la historia turca: primero, su ascenso; segundo, los ciento cincuenta años, durante los cuales su poder estuvo restringido; tercero, los trescientos noventa y un años y quince días de gobierno supremo; cuarto, su existencia por tolerancia, hasta que fue expulsado de Europa. El décimo capítulo de Apocalipsis da el gran clamor del mensaje del primer ángel, que fue proclamado por los creyentes en Dios justo al momento de finalizar el segundo ay. También predice la obra mayor que seguiría en forma de otro mensaje, que se detalla en el capítulo catorce del libro de Apocalipsis. El undécimo capítulo, el que ahora tenemos ante nosotros, se remonta al Imperio Occidental y muestra lo que sucedía en esa parte del mundo durante el tiempo en que el Imperio Turco estaba haciendo historia en la división oriental.

Los bárbaros en el 476 dejaron Roma en un estado dividido. Las diez tribus, a saber, los ostrogodos, los lombardos, los hérulos, los vándalos, los visigodos, los suevos, los sajones, los hunos, los burgundios y los francos, ya estaban para entonces, o unos pocos años después, asentadas dentro de las fronteras del Imperio Occidental. Es cierto que los vándalos, hérulos y ostrogodos tuvieron una corta duración, habiendo sido, antes del año 538, *arrancados* para dar paso al entronizamiento del poder eclesiástico, según la historia profética de (Daniel 7:8). Pero de las otras siete se desarrollaron las naciones de Europa que existen hoy. El humo del «pozo del abismo» nubló el cielo oriental, y la consideración del Imperio Oriental requiere un estudio del mahometismo en lugar del cristianismo. La condición era diferente en la división occidental, esa porción de Europa que

todavía afirmaba ser gobernada por los preceptos de Cristo. El mahometismo, en su intento de conquistar las naciones occidentales, sufrió una derrota contundente en el siglo VIII, y nunca renovó el intento. Así, Occidente se presentó ante el mundo como el representante de la religión cristiana. Aquí nacieron los principios de libertad civil y religiosa, tan estimados hoy: y aquí, asimismo, se confió a estas naciones, de manera especial, el Evangelio eterno, con la comisión de darlo a conocer al mundo. Dios estaba preparando, desde lejos, la difusión del último mensaje al mundo.

A Juan le fue dada una caña de medir, y el ángel se puso en pie, diciendo: «Levántate y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él» (Apocalipsis 11:1). Los hombres tienen tantos estándares para medir a sus semejantes como individuos diferentes existen, pero la única regla absoluta por la cual las acciones de los hombres son medidas para la eternidad es un estándar infinitamente perfecto e inmutable. No puede ser comprendido por la mente finita; porque es infinito. «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala» (Eclesiastés 12:13-14). La «caña semejante a una vara», con la que se le mandó a Juan medir, eran los mandamientos de Dios. Con su guía angélico, al profeta se le mostró la iglesia de Dios y el mundo, y se le dio la sabiduría de Dios para que registrara los resultados de las mediciones. La ley de Dios no es sino una expresión de Su propio carácter, y la mente de Juan se abrió a una apreciación de los principios sobre los que se establece el gobierno de Dios. Estaba el templo donde el Padre se sienta entronizado, Él mismo el centro de toda ley, toda vida, todo amor; Su presencia impregnando todas las cosas, sosteniendo todas las cosas, controlando todas las cosas. El templo debía ser medido, y una vez medido, contaba la historia del amor absoluto, el poder del Creador, quien hizo a todos los seres para que reflejaran Su propia perfección. Luego Juan debía medir el altar. Aquí vio al Sumo Sacerdote, con Su incensario, ofreciendo las oraciones de Sus santos. Solo la mente Infinita puede comprender la anchura, la longitud, la

profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo que *excede todo conocimiento*; pero este tema será el estudio del hombre a lo largo de la eternidad, porque cuando se conoce, revela la plenitud de Dios. De nuevo es amor infinito. Y a medida que se mide, debe medirse en todas las direcciones; hay longitud y anchura, altura y profundidad; y en todo ello, las medidas leen: ¡Amor! ¡amor infinito, de gran alcance! Al profeta se le dijo que midiera a los que adoran en el templo; porque las criaturas de Su mano reflejan Su imagen, y son medidas por el mismo estándar. Los ángeles adoran en ese templo, y reflejan el carácter de Aquel que es amor. También había hombres en ese templo como adoradores; santos, que, aunque todavía en la tierra, estaban por fe dentro del velo interior; y ellos también fueron medidos por la misma caña de Su ley. No una medida externa de estatura, ni una ponderación externa de motivos, como los ve el ojo humano, sino que el carácter era la prueba, con la regla del cielo como estándar. El carácter que es recompensado con un lugar cerca del trono no es superficial, sino profundo; no es estrecho, sino amplio; y en longitud debe medirse con la vida de Dios. Una experiencia larga, una experiencia profunda, una experiencia amplia en las cosas divinas, incluso mientras se vive aquí en la tierra; esta es la vida que desarrolla un carácter que soportará la prueba de la «caña de medir».

Bajo el tercer sello se reveló un poder en la tierra que llevaba una balanza para pesar las obras de los hombres. Mientras se erigía un estándar de justicia propia en la tierra, Dios estaba midiendo según la regla del cielo; y cuando el carácter era medido por la vara divina, la vida eterna a menudo era dada a aquellos que, según las balanzas en las manos del hombre, eran considerados dignos de muerte.

Parecería que la atención del profeta fue dirigida a la medición en el atrio exterior, que los sellos desatados le habían revelado; y se le dice que deje fuera «el atrio que está fuera del templo, y no lo midas; porque ha sido entregado a los gentiles», aquellos que no conocen a Dios; y ellos pisotearán la ciudad santa cuarenta y dos meses (Apocalipsis 11:2). Esto ubicó la escena definitivamente en lo que fue el Imperio Occidental, pues Daniel da el mismo período de tiempo. En

el capítulo séptimo de esa profecía, el poder que arrancó las tres tribus bárbaras antes mencionadas, «hablará palabras grandes contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo» (Daniel 7:25).

En la profecía un día representa un año, y el tiempo se calcula a treinta días por mes. Cuarenta y dos meses equivalen a mil doscientos sesenta días de tiempo profético, o mil doscientos sesenta días de tiempo literal. El «tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo», es el mismo período que los «cuarenta y dos meses», o mil doscientos sesenta años. El poder que pisoteó al pueblo de Dios durante mil doscientos sesenta años fue el papado. Este poder se estableció en Roma en el 538 d.C. sobre las ruinas del Imperio Occidental, y continuó hasta el 1798 d.C. Este fue el período conocido como la Edad Media para Europa. Durante este período, el humo del mahometismo ocultó la luz del sol en el Oriente. El mahometismo en el Oriente, y el *hombre de pecado* en el Occidente, ambos trajeron oscuridad y desesperación. El mahometismo atormentó a los hombres como el aguijón de un escorpión; el *hombre de pecado* mantuvo las mentes de los hombres en tal sujeción que no veían nada por encima del hombre exaltado en el trono. En el Oriente, el Corán y un falso profeta tuvieron el dominio; en el Occidente, existía precisamente la misma servidumbre; porque si bien no había Corán, la palabra de Dios fue suprimida con la misma eficacia. Así como el mahometismo sustituyó el sexto día de la semana por el sábado, y aceptó un falso profeta en lugar de Cristo, así el *hombre de pecado* pensó en cambiar la ley de Dios, e intentó cambiar los tiempos que fueron creados por la Palabra de Jehová, tan ciertamente como el hombre mismo fue creado. En el Oriente, el Corán reemplazó completamente la Biblia; en el Occidente, Dios dijo: «Y daré poder a mis dos testigos, para que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio» (Apocalipsis 11:3). Durante mil doscientos sesenta años [días], la luz de Dios estuvo oculta como bajo una cubierta de cilicio. Los hombres piensan que con el conocimiento avanzado del siglo XX, la razón humana ha superado la

Palabra de Dios; pero la historia demuestra, sin sombra de duda, que cuando la Palabra es reemplazada por los productos de la mente del hombre, la oscuridad tanto moral como intelectual cae sobre el mundo. En esta oscuridad, las balanzas eran sostenidas por quienes creían que el hombre estaba por encima de Dios, que la razón era el estándar último para el juicio; pero en ese mismo momento Dios estaba midiendo el carácter con la caña de medir del cielo, —la ley que el hombre en su ceguera había dejado a un lado.

Los «dos testigos» son el Antiguo y el Nuevo Testamento. *Por boca de dos testigos se establece toda palabra.* El Antiguo Testamento hablaba del Dios que se esforzaba por vivir en el hombre; el Nuevo Testamento hablaba del Dios que había vivido en forma humana, y ambos concuerdan. El mismo misterio se revela a cada corazón individual en las providencias de Dios. Cristo, el Dios-hombre, se sentó en el brocal del pozo de Jacob a la hora del mediodía, cuando la mujer samaritana vino a sacar agua. Asimismo, el Espíritu Divino atrajo a la mujer de Samaria al pozo en el momento exacto en que el Hijo del hombre estaba allí. Estos dos testigos concuerdan. Concuerdan en las vidas hoy. Cuando el ojo espiritual se abre, el testimonio de los dos testigos será aceptado.

Porque ellos son las «dos ramas de olivo que por medio de dos tubos de oro vacían de sí el aceite dorado» (Zacarías 4:12). Por el profeta Zacarías, la iglesia es representada como un candelabro de oro que tiene siete ramas, cada una llevando en alto una luz para el mundo. Estas siete ramas reciben su aceite de un solo tazón, y el aceite para este tazón es suministrado por dos olivos, uno a cada lado. La pureza del aceite que queman está representada por la estrecha conexión con árboles vivos y en crecimiento. Este aceite es el aceite de la gracia, la verdad de Dios. La unidad de los siete candelabros está tipificada por el tazón común del cual cada uno obtiene su suministro de aceite. ¡Qué hermosa imagen de la obra de la Palabra de Dios al ministrar a las necesidades de la iglesia en la tierra! La vida fluye tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento a aquellos cuyos corazones son canales abiertos para el Espíritu. Cuando la conexión con los árboles vivos se rompe, el resultado es la muerte espiritual. Las luces pueden

arder por un tiempo, pero pronto agotan el suministro en el tazón, y gradualmente la llama se apaga. Extinguir una luz no afecta a los olivos. De hecho, son árboles de vida, custodiados por espadas de fuego, como el árbol de la vida en el huerto del Edén después de la caída; y los destellos de luz destruyen la vida de aquellos que levantan una mano contra los testigos. Los hombres pueden afirmar recibir luz, independientemente de estos testigos; pero no hay canales para la comunicación del espíritu de sabiduría y conocimiento, excepto estos dos árboles, o algunas de sus ramas, a través de los cuales la vida, el aceite dorado, fluye constantemente. Es así como tienen el poder de impedir que los cielos lluevan. Es por esta razón que los tres años y medio de sequía en los días de Elías son utilizados por el historiador divino para ilustrar los tres años y medio proféticos, los mil doscientos sesenta años de oscuridad, provocados al romper la conexión entre la iglesia y los dos testigos. Cuando la conexión se rompió, el poder restrictivo de Dios fue retirado; y como en el mundo natural, así en el espiritual, no había nada que impidiera el derramamiento de sangre, el hambre y la persecución. El tiempo de gran persecución fue el período durante el cual los testigos profetizaron cubiertos de cilicio. La Reforma quitó el cilicio de los dos testigos. Desde finales del siglo XIV, cuando la traducción de Wycliffe puso la Palabra de Dios en manos del pueblo común de Inglaterra, hasta el pleno amanecer de la Reforma, la restricción que durante mucho tiempo se había impuesto a las Escrituras fue gradualmente eliminada. La luz se difundió en gran medida a través de las escuelas. En Alemania, la Universidad de Wittenberg hizo del estudio de la Palabra su característica más destacada, y en los centros educativos de Inglaterra, Alemania y Francia los heraldos de la verdad recibieron su inspiración y su formación. En la preparación de los obreros, las Escrituras formaron la base de toda instrucción; y a medida que los clásicos y las falsas ciencias de la Edad Media cedieron el paso a la Biblia como libro de texto, así los métodos formales y sin vida de instrucción teológica fueron intercambiados por una enseñanza que alimentaba las almas de los estudiantes. La notable rapidez con la que la sociedad fue remodelada cuando la Palabra de Dios fue restaurada es atestiguada por todos los historiadores. El historiador Ranke afirma que en el

corto período de cuarenta años la oscuridad se había roto desde el Báltico hasta el Mediterráneo, y Alemania se sentó a los pies de los maestros protestantes. El error tembló ante unos pocos maestros armados con la invencible Palabra de Dios. En este momento, el rápido derrocamiento del falso sistema fue impedido por un movimiento educativo contrario. La organización de la orden de los jesuitas, en realidad un papado del papado, envió al mundo un cuerpo de trabajadores activos, astutos, bien educados y armados con una conciencia de doble moral, lo que les permitió penetrar en cualquier lugar y asumir cualquier papel. Uno de sus métodos de procedimiento más eficientes fue en las escuelas. Fundaron nuevas escuelas a la sombra misma de las instituciones protestantes, y atrajeron su patrocinio; o cuando esto era imposible, entraron en escuelas protestantes bajo el disfraz de maestros protestantes. En todas partes ganaron a los niños y a la juventud. Eran más celosos, más ambiciosos que los protestantes, por lo que la generación siguiente sorprendió a los Reformadores al devolver gran parte de Europa al control papal. Su trabajo se desarrolló más plenamente en Francia. Ese país había recibido la luz de la Reforma, pero en este terreno los jesuitas encontraron un material excelente. Las universidades de Francia se aferraron a sus antiguos métodos, y también se aferraron a los temas enseñados durante la Edad Media. Bajo las formas y ceremonias del medievalismo, los principios papales de gobierno acechaban, listos para entrar en servicio activo a la primera oportunidad. La renovación de estas enseñanzas produjo el mismo efecto en el siglo XVI que las falsas enseñanzas de los filósofos alejandrinos en la iglesia de los primeros cristianos.

Uno no puede condenar la enseñanza jesuita como totalmente mala. Fue una mezcla tan sutil del bien y del mal como el diablo jamás haya compuesto. Fue cuando los dos testigos estaban escapando de la esclavitud de la Edad Media, donde habían finalizado su testimonio en cilicio, que la bestia que subía del abismo «hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará» (Apocalipsis 11:7).

La Contrarreforma, conocida como tal por todos los historiadores, se sintió en toda Europa; pero Francia tuvo la desgracia de haber sembrado una abundancia

de semilla, y consecuentemente cosechó una abundante siega. Francia es la única nación que alguna vez negó abiertamente la existencia de la Deidad, y estableció un culto que no reconocía otro gobernante que la «*Diosa de la Razón*». Una mujer, una cantante de ópera disoluta, fue instalada en París como personificación de la razón, el dios que Francia reconocía. Ningún otro gobierno jamás realizó un movimiento tan vil. Hombres y mujeres bailaron y cantaron en honor a la vil idolatría. Otras partes de Francia imitaron el ejemplo establecido por París. La mujer, velada y adorada en forma, no era sino un tipo de lo que los hombres harán cuando la razón sea entronizada por encima de Dios. El decreto que prohibía la Biblia, cambiaba la semana y establecía el culto a la «*Diosa de la Razón*» fue emitido en 1793. Durante tres años y medio, los dos testigos, —los dos olivos, que solos traen vida al hombre o a la nación—, yacieron muertos en las calles de París. La lascivia de Sodoma en los días de Lot se repitió en Francia, especialmente en su capital. La crasa idolatría de Egipto, con su oscuridad proverbial, se encontró de nuevo en la Francia moderna. Así como los judíos, al rechazar la Palabra de Dios enviada por los profetas, rompieron su conexión con el cielo y crucificaron de nuevo al Hijo de Dios.

El Reinado del Terror se había establecido en Francia. Cualquiera que fuera sospechoso de hostilidad hacia la tiranía, era inmediatamente llevado al cadalso; ser tibio no era protección. Ancianos y jóvenes por igual sufrieron. Se dio rienda suelta al divorcio y a la disipación. «*Se veían, incluso en el salón de la convención, multitudes de hombres groseros y feroces, y mujeres más groseras y feroces con sus canciones y gritos y gestos salvajes*». «*Multitudes escoltaban el grupo de víctimas llevadas en carros cada día al lugar de ejecución, y los insultaban con sus gritos brutales*». Hombres

Las demás naciones contemplaron con absoluto asombro. La adoración de la razón fue abolida, y la convención aprobó una resolución reconociendo la existencia de Dios, pero denunciando el cristianismo como una vil superstición. Así continuó el Reinado del Terror. «Las muertes por necesidad», dice un historiador, «superaron con creces el millón. Francia estaba al borde de una gran

hambruna a escala asiática». Pero los hombres se cansaron del derramamiento de sangre, y «*gran temor cayó sobre los que vieron*» estas cosas. El Dios del cielo puso un alto. Las naciones de la tierra habían visto las consecuencias de rechazar la Palabra de Jehová; tuvieron ante sí, en el Reinado del Terror, un ejemplo terrible del rechazo de los principios de la Reforma. El Espíritu de Dios fue nuevamente reconocido como residente en los «dos testigos», y ante todas las naciones las Escrituras han sido exaltadas desde entonces. Aquellas naciones que se adhirieron más estrechamente a las verdades desarrolladas en el retiro de la tiranía romana, han tomado la delantera en la obra de educación, en la invención, en asuntos judiciales y en todas las líneas de progreso. Copias de la Palabra de Dios se han multiplicado hasta que los más pobres no tienen excusa, si permanecen sin suministro. Antes de los terrores en Francia, se prestaba poca atención a las misiones extranjeras; pero en 1804 se organizó la Sociedad Bíblica Británica. Trece años después, la Sociedad Bíblica Americana entró en existencia, y se han impreso millones de copias de la Palabra. Su traducción a cientos de idiomas diferentes ha puesto la ignorancia de las Escrituras completamente fuera de cuestión.

La restauración de la religión cristiana en Francia marcó el comienzo de su historia moderna. La Revolución de 1798 se describe como «un gran terremoto», en el cual «la décima parte de la ciudad cayó». La «bestia» recibió su herida mortal. No solo terminó el reinado de la tiranía papal, sino que el poder de la monarquía se vio sacudido; y el vasto ejército de nobles, que algunos historiadores cifran en siete mil, perdió sus títulos. El gobierno estuvo en manos de las clases medias, o del pueblo común. La exaltación de las Escrituras siempre va seguida de un gobierno que reconoce la igualdad de derechos de todos los hombres, y de una religión que concede el privilegio a cada hombre de adorar según los dictados de su propia conciencia.

Los hombres que abogan por un sistema de gobierno que rechaza la sangre expiatoria de Cristo, o un sistema educativo que exalta la razón por encima de la fe, se colocan al borde de un precipicio, y el siguiente paso producirá una

repetición de los Terrores de Francia. La ceguera con la que los hombres repiten las experiencias del pasado es asombrosa. Los jesuitas pueden no ser responsables hoy por la tendencia que muchas instituciones públicas están tomando, pero, sin duda, los métodos que los jesuitas usaron se repiten en el siglo veinte. La educación que excluye a Dios está poniendo el gobierno en manos de estadistas que eventualmente exaltarán a la Diosa de la Razón.

El segundo ay, como ya se ha visto, terminó en 1840. El cierre estuvo marcado por la transferencia del poder turco a manos de las naciones occidentales. En el cielo se presencia el envío del ángel poderoso de Apocalipsis 10:1-11. La tierra respondió a su fuerte clamor, y los hombres, pensando que el tiempo estaba a punto de terminar, se prepararon para encontrarse con su Dios. Pero el séptimo ángel aún no había sonado. Fue retenido en el cielo por un pequeño espacio, para que los hombres pudieran ser preparados para los eventos que estaban por venir en relación con la culminación de la historia de la tierra. «El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto». El pequeño período entre 1840 y 1844, durante el cual se entregó el mensaje de Apocalipsis 10;1-11, fue el tiempo entre el cierre de la sexta trompeta y el toque de la séptima. En el décimo capítulo de Apocalipsis se le dijo a Juan que «en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comenzare a tocar, el misterio de Dios se consumaría». Cuando el séptimo ángel «comienza a sonar», en la primera parte del período de tiempo establecido para su obra, el misterio de Dios se consumaría. «Y el séptimo ángel tocó la trompeta; y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos de este mundo han venido a ser los reinos de nuestro Señor, y de Su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos». Nunca se puede decir verdaderamente que un reino pasa a manos de otro poder, mientras el territorio, la capital o los súbditos estén fuera de su control. Se necesitan las tres cosas: súbditos, capital y territorio, para formar el reino completo. La obra del juicio investigador es Cristo conformando el número de los súbditos, o en otras palabras, tomando una tercera parte de Su reino; cuando el juicio termina, entonces se le da a Él la Ciudad Santa, la capital del reino, —la segunda tercera parte. Cuando Él viene a la tierra, toma posesión del territorio y

posee el reino en toda su plenitud para siempre. La inscripción para el nuevo reino es hecha por Cristo en presencia del Padre, mientras los ángeles observan. Los libros están abiertos, el juicio comienza; la vara de medir se aplica al carácter. Cristo ofrece las oraciones de todos Sus santos, —aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida—, junto con el fragante incienso de Su propia vida justa; de esta manera se inscriben los herederos del reino.

De nuevo, el profeta ve la obra completada; y los veinticuatro ancianos, que han esperado largamente la redención de sus semejantes, caen ante el trono y adoran a Aquel que es coronado Rey de reyes. Estos son los seres que, con la hueste de los redimidos, finalmente tendrán la tierra renovada como su hogar. Una parte de su cántico ante el Padre es: «Tú nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra», mostrando que en medio de la gloria celestial, aún esperan la restauración de la tierra al final de los mil años, durante los cuales se juzgan los casos de los impíos.

En 1844 comenzó el tercer ay. Se extiende hasta la eternidad, cubriendo toda la corrupción de los últimos días, —la ira o angustia entre las naciones, que fue una señal de la segunda venida, según la dio el Salvador. Durante el sonar de la séptima trompeta, se derraman las siete últimas plagas; los hombres, habiendo rechazado a Dios, beben del vino de Su ira. Durante este sonar, los justos y los impíos pasan por el último gran tiempo de angustia, en comparación con el cual el Reinado del Terror en Francia fue una aflicción ligera. Durante este ay, los santos de Dios reciben al Señor en las nubes del cielo, porque Él viene para dar recompensa a los fieles. Este período continúa durante los mil años que siguen a la segunda venida de Cristo, y termina cuando Satanás y todos los impíos son reducidos a cenizas sobre la superficie de la nueva tierra, y toda tristeza y pecado son para siempre vencidos.

Como se predijo en las Escrituras, la ministración de Cristo en el lugar santísimo comenzó al final de los días proféticos en 1844. Las palabras del revelador se aplican a este tiempo: «El templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se vio en su templo». Al comienzo de la obra del juicio

investigador, cuando Cristo entró en el lugar santísimo, la puerta del cielo se abrió, y la ley de Dios fue vista como el fundamento de Su trono. Fue inmediatamente después de la amarga decepción de 1844, cuando almas sinceras aún escudriñaban las Escrituras, que la santidad de la ley fue revelada. Al ser presentado el Decálogo, una gloria especial brilló alrededor del Cuarto Mandamiento. El sello de la ley se destacó como si estuviera escrito con letras de fuego, y un nuevo significado fue dado a la vara de medir que el ángel ofrecía. El significado más profundo de pisotear la ley y de pensar en cambiar los tiempos y las leyes de Jehová por un poder terrenal, llenó al pueblo de Dios de reverente asombro; y de nuevo los dos testigos fueron exaltados al cielo. La obra de sellamiento comenzó en este mismo tiempo, y aquellos que miraban al cielo vieron la luz que emanaba de esa puerta abierta. Sobre aquellos a quienes brillan estos rayos, el ángel sellador coloca la marca de Dios. Esta compañía sellada forma los ciento cuarenta y cuatro mil, que son parte de la hueste por la cual los «veinticuatro ancianos» están ahora esperando.

Al hacerse la proclamación en el cielo de que la obra ha terminado, los mandamientos son vistos de nuevo; esta vez escritos en las nubes del cielo a los ojos de todos los hombres, —una señal de la cercana venida de Cristo.

Bajo el sonar de la séptima trompeta están los truenos, relámpagos, voces, terremotos y granizo, que sacudirán los cimientos mismos de la tierra. Con el fin del tercer ay, la tierra queda libre para siempre de la menor mancha de tristeza y pecado. El Señor ha prometido que la aflicción no se levantará por segunda vez, sino que la alegría y la paz reinarán para siempre en la tierra redimida.

# La Ley de Dios

I.

«No tendrás dioses ajenos delante de mí».

II.

«No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y que hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos».

III.

«No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque Jehová no dará por inocente al que tome su nombre en vano».

IV.

«Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu si criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas: Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó».

V.

«Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da».

VI.

«No matarás».

VII.

«No cometerás adulterio».

VIII.

«No robarás».

IX.

«No dirás falso testimonio contra tu prójimo».

X.

«No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo».